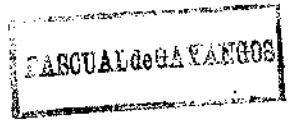
EL CENSOR,

PERIÓDICO POLÍTICO

Y LITERARIO.

TOMO VIII.



MADRID, 1821:

En la Imprenta del *Censor*, por D. Leon Amarita.

Si el filósofo de Ginebra hubiera escrito en tiempos de menos cultura y de mas supersticion, ¿quién no le reconoceria por profeta, cuando al leer en su Emilio estas señaladas palabras: « Nos acercamos al momento de la crisis y al siglo de las revoluciones », viese cumplida hoy y realizada tan terminante profecia? Pocos años despues de publicada aquella obra, se verificó la revolucion de la América inglesa: siguiéronse á esta muy de cerca las de la Flandes y la Holanda, que aunque comprimidas por la fuerza, no dejaron de tener influencia en los acontecimientos siguientes: estallaron luego las de Francia, y Polonia, vencida esta última y triunfante la primera; y aunque un guerrero áfortunado reunió en sus manos el poder inmenso que la convulsion francesa habia creado, y sus conquistas entorpecieron aparentemente por algun tiempo el movimiento revolucionario, á la realidad le propagaron por varios paises, que

sin la invasion estrangera, hubieran permanecido inertes siglos enteros todavía. Es preciso reconocerlo: si las armas francesas no hubiesen penetrado en Italia; si el Piamonte no hubiese sido parte integrante del imperio francés, y si Bonaparte no hubiera enviado sus legiones á destronar en España la dinastía de Borbon, ni se hubiera hecho la constitucion de Cadiz, ni Portugal veria reunidas sus cortes para arreglar su pacto social, ni Buenos-Ayres, Chile y Venezuela se llamarian independientes, ni la Turquia européa estaria en revolucion, ni Nápoles y el Piamonte hubieran hecho las prematuras tentativas que los han puesto momentáneamente bajo la dominacion austriaca. Decimos prematuras; porque si aquellos paises hubieran estado debidamente preparados para la regeneracion política que anunciaban, no hubieran sido vencidos con tanta prontitud y facilidad; pero añadimos que este triunfo de los invasores será de corta duracion; porque es imposible que no haya muy pronto sucesos y aun casualidades que permitan á la Italia recobrar la independencia á que aspira. Sea de esto lo que fuere, tantas revó-

luciones verificadas en el corto espacio de tiempo que ha transcurrido desde la prediccion de Rousseau, ya que se hayan sostenido y triunfado, ya que hayan sucumbido bajo el peso de la fuerza armada; prueban de una manera irrefragable cuán grande era, en medio de sus paradojas y sofismas, el hombre que las anunció de un modo tan positivo, cuando nadie las veia venir, y mucho antes que sucediesen. América inglesa, Flandes, Holanda, Francia, Polonia, España, Nápoles, Portugal, Piamonte, y últimamente toda la Turquia européa, cualquiera que haya sido ó sea definitivamente el éxito de sus empresas, bastan para comprobar la mucha razon que tenia el autor de la profecia para añadir en tono de oráculo: «Las monarquias de Europa no pueden subsistir largo tiempo en el estado en que hoy se hallan". Pero ¿con cuánta mas razon estamparia hoy esta última proposicion si fuese testigo de la revolucion de Turquia? Este gran suceso sobre el cual vemos discurrir á los periódicos de Europa con tanta frialdad ó indiferencia, será sin embargo, si por desgracia no se apaga el fuego ya encendido, el acontecimiento mas

importante del siglo decimonono: se entiende despues de la emancipacion de la América; porque este cuando llegue á verificarse, será todavía mas trascendental é interesante. Merece pues aquel que consagremos algunas páginas de nuestro periódico á indicar las felices resultas que de él debe prometerse la civilizacion del mundo. Pero antes diremos algo de la justicia que asiste á los griegos para procurar substraerse á la dominacion de los turcos.

Hablamos á personas instruidas y les haríamos notable agravio en repetirles hechos históricos que les son tan conocidos. Todos saben cuando y cómo un hábil impostor fundó en el centro de la Arabia una religion y un imperio que sus succesores estendieron en breve por las provincias vecinas, tanto en Asia como en Africa: cómo pasaron á Europa, y faltó poco para que esta parte del globo quedase sumergida en la barbarie con que los musulmanes amenazaban al mundo: cómo la resistencia heróyca de los Españoles y la fortuna de Carlos Martel contuvieron en la parte occidental el torrente impetuoso de los conquistadores árabes;

cómo el imperio de Constantino, despues de haber luchado por espacio de siete siglos contra el poder de los cálifas perdiendo sucesivamente todas sus provincias, desapareció por fin, y la media-luna ocupó el lugar de la cruz sobre las torres de Constantinopla; cómo esa capital del imperio turco pretendió serlo del antiguo continente, y lo hubiera conseguido si el feliz descubrimiento de la imprenta, aumentando la ilustracion de los paises cristianos, no los hubiera puesto en situacion de resistir al valor indisciplinado de los turcos; cómo estos reducidos por sus principios religiosos á la mas crasa ignorancia, han ido decreciendo en poder en la misma proporcion que las potencias cristianas acrecentaban el suyo, y cómo en el dia se hallan ya reducidos á tal nulidad política, que solo pisan el suelo européo, porque las rivalidades de los gabinetes y la necesidad de mantener lo que bien ó mal se llama equilibrio continental, ha impedido que las fuerzas combinadas de Austria y Rusia los hayan hecho pasar al Asia; y en el dia las últimas solas bastarian, si se lo permitiesen las demas potencias. Supuestos pues estos hechos his-

tóricos, veamos si ya que los gabinetes por sus mútuos recelos no se unen, como deberian hacerlo, para lanzar de Europa á los bárbaros que tienen esclavizada y embrutecida la antigua Grecia, la inventora ó propagadora de las ciencias y las artes, la madre del saber y á la cual debe el resto del mundo su cultura; tendrán ó no derecho sus habitantes, los descendientes de los antiguos héroes y de los maestros del género humano, á recobrar su independencia, sacudiendo el yugo pesado de la esclavitud que los oprime.

Si alguna vez hubo en el mundo una insurreccion y una causa que puedan llamarse santas, son ciertamente las de los griegos. No toman estos las armas para destronar un príncipe y colocar otro en el solio; no se levantan solo para destruir una forma de gobierno y crear otra, para lo cual sin embargo tendrian tambien derecho, cuando este fuese el voto general de la nacion; se levantan, se arman para conquistar los bienes mas preciosos, y para salir del mísero estado en que los tienen sus feroces opresores. Esclavos con el nombre de vasallos, y viviendo bajo el gobierno mas despótico y arbitrario que

se conoce, sujetos á los caprichos omnipotentes de los bajaes que los gobiernan, sin garantía ninguna para sus personas y propiedades, dominados por unos bárbaros enemigos de toda ilustracion, pobres, habitando los mas fértiles territorios, y obligados á contribuir para mantener el lujo de un voluptuoso serrallo, sin que el indolente Divan cuide de fomentar ninguno de los ramos de la pública prosperidad; ¿hubo jamas un pueblo que con mas justicia se haya armado para resistir á la opresion? Descendientes de los primeros hombres, que hace mas de cuarenta siglos poblaron aquellas hermosas regiones; habiendo sido la nacion mas célebre de la tierra, y no habiendo cedido la posesion de su suelo sino al poder irresistible de las armas; ¿qué derechos pueden alegar los actuales dominadores para mantenerse en la posesion, sino el de la fuerza, la usurpacion y la conquista? Pero el derecho de la espada ¿prescribió jamas, ni puede prescribir contra el de la razon, la justicia y la posesion antigua? Los habitantes de la Turquía européa han sufrido el yugo y han cedido á la omnipotente ley de la necesidad, mientras sus vencedores fue-

ron los mas fuertes; pero cuando ha llegado ya el dia venturoso en que sus vicios, su ignorancia y su mal gobierno permiten á los vencidos medir con ellos sus fuerzas, y emplear para ser libres las mismas armas de que ellos se valieron para esclavizarlos, ¿quién desconocerá la razon con que las han empuñado, y no dirigirá al cielo sus plegarias para que proteja la causa del oprimido? Mas esto no basta respecto de los gabinetes cristianos, los cuales no deben contentarse con ser meros y tranquilos espectadores de la lucha que va á empeñarse, sino que deben ayudar á los griegos con todo su poder para que recobren su libertad y formen un estado independiente. Suponemos que la santa alianza no enviará sus egércitos para sostener la legitimidad del sultan, ni los derechos del trono; porque en la insurreccion griega no se puede decir que es una faccion revolucionaria, ni un egército rebelde ó una sociedad secreta los que pretenden transformar el orden establecido y precipitar á la nacion en los horrores de la anarquía. Aqui es el pueblo conquistado el que se levanta contra el egército conquistador: son los antiguos poseedores que reclaman

su patrimonio contra los usurpadores modernos. Aquí no se trata simplemente de mejorar las instituciones políticas ó de corregir ciertos abusos, sino de romper el cetro de hierro con que los gobierna un déspota advenedizo. Y lejos de que el buen éxito de la insurrección pueda comprometer la tranquilidad de los Estados vecinos, al contrario la libertad de la Grecia y la ereccion de la Turquía européa en un estado independiente, sobre acarrear inmensas ventajas á todo el mundo civilizado, fuera lo que estableceria sólidamente el equilibrio européo, y arreglaria la balanza del poder.

Las ventajas que este grande acontecimiento traeria, son tan palpables, que cualquiera puede conocerlas por sí mismo. Es verdad que por el pronto se resentiria el monopolio que algunas potencias, ó por mejor decir, ciertas plazas de comercio hacen hoy con los turcos, aprovechándose de su ignorancia y desgobierno; pero estas pérdidas de algunos particulares serian compensadas con tantos otros bienes, que no merecen que se tenga cuenta con ellos en el cálculo. Sustraidas á la dominacion turca las ricas

provincias que componen hoy la parte europea de su imperio, y abiertos en ellas los manantiales de felicidad y de riqueza que tiene obstruidos el genio maléfico del régimen mas que arbitrario de la Puerta, ¿qué numerosa, ilustrada, activa é industriosa poblacion no ocuparia los paises que hoy tiene desiertos y esterilizados el despotismo militar de Constantinopla? ¿Qué abundantes mercados no se abririan en todas las costas é islas del archipielago? Añadase que libertada la Turquia européa, los turcos irian perdiendo sucesivamente y con mucha rapidez todas las costas del Mediterraneo, y se conseguirian dos bienes importantísimos para las demas naciones: alejar de ellas para siempre esa peste que casi anualmente reproducen el desaseo y la indolencia de los musulmanes, y destruir la piratería de las regencias berberiscas que tanto incomoda al comercio. Hay otra razon poderosa para que las potencias marítimas de Europa, y señaladamente Francia, Italia, España y Portugal se interesen vivamente en la libertad de la Turquia européa, y es la inevitable, y mas ó menos próxima emancipacion de la América, tanto la española, como la

portuguesa, inglesa y francesa. Este es un suceso que las antiguas metrópolis pueden prever, y retardar por algun tiempo; pero no impedir que al cabo se verifique. De consiguiente exige la prudencia política que vuelvan la vista hácia la costa de Africa, no para hacer conquistas en esta vasta region, sino para fundar en ella colonias libres, que poco á poco vayan civilizando ese inmenso continente, que desde las cirtes se estiende hasta el Cabo de las tormentas. El género humano se interesa en que se destierre del mundo el Alcorán, no solo por lo falso de sus dogmas, sino porque la religion que predica es esencialmente enemiga de la ilustracion de los pueblos. Es menester, penetrarse bien de esta gran verdad. «Los males políticos y morales de la especie humana nacen todos de su ignorancia; los hombres son tanto mas felices cuanto son mas ilustrados.» Por tanto es de su interés civilizar las naciones bárbaras, y hacer la guerra á la ignorancia y la superstícion, no con las armas con que se esterminan las fieras, sino con las del raciocinio y la enseñanza. ¿Cuál será pues, la felicidad comun del linage humano el dia en que

no solo la Europa y la América sino el globo entero esté cubierto de naciones libres, sabias, ricas, industriosas y opulentas. ¡Quién es capaz de calcular y aun de imaginar cual será el estado de bienaventuranza á que un dia llegarán los hombres, cuando toda la superficie de su planeta esté poblada, y produzca su fertil seno todas las producciones que encierra; cuando sus habitantes elaborando y transformando de mil maneras ingeniosas los dones de la naturaleza, aumenten los goces y placeres, y disminuyan los males físicos hasta el punto que permiten las leyes de la humana organizacion; cuando abiertos todos los medios posibles de comunicacion, sea el orbe entero un gran mercado en el cual se cambien las producciones de todos los paises y todas las obras de la industria, cuando la ilustracion y la filosofía hayan desterrado todos los vicios y creado todas las virtudes; cuando los pueblos unidos todos entre sí, como verdaderos hermanos, llegueu hasta olvidar el nombre mismo de la guerra, y no contiendan unos con otros sino para saber quien es mejor y mas sabio! Sueños parecerán estos ó

delirios de un enfermo; pero si por desgracia no se extingue la antorcha de la civilizacion, cosa que ya no es posible sin un trastorno físico del globo, estos que ahora parecen sueños de visionarios, serán realidades algun dia. Y bien, para acelerar esta época venturosa, el primer paso es arrojar de Europa al islamismo, irle desterrando sucesivamente de la Natolia, la Siria, el Egipto y costa de Berberia; y abrir á la luz el camino para que penetre en lo interior del Asia y del Africa. Las otras dos partes del mundo tienen ya en sí mismas todos los elementos de su futura prosperidad; pero en Africa y en Asia es menester crearlo todo. Siglos serán necesarios sin duda para que se pongan en el estado en que hoy se halla la parte civilizada; pero por lo mismo es mas urgente empezar cuanto antes la grande obra de su regeneracion moral, política y literaria.

Y aunque la influencia que la libertad de la Grecia tendrá algun dia en tan importante suceso, sea ahora casi nula é insensible, producirá de pronto otro beneficio inestimable, que es el de preservar á Europa de la dominacion moscovita, la cual ya que no aniquilase las luces, como en

otro tiempo lo hizo la inundacion de los septentrionales, haria retrogadar mucho la civilizacion européa, y destruyendo hasta la sombra de equilibrio entre sus estados, estableceria en ella una monarquía universal, que necesariamente degeneraria en un despotismo militar. Tres ideas contiene esta proposicion, las cuales piden alguna esplicacion para que no parezca aventurada, y se vea mejor cuán importante es que la Turquía européa se haga libre por movimiento propio, y se constituya en estado independiente. La 1.ª, es que la Europa está amenazada de caer bajo la dominacion moscovita; la 2.ª que esta haria retroceder la civilizacion actual, y la 3.ª que comprimiria igualmente la libertad civil de las naciones conquistadas.

En cuanto á lo 1.°, no es necesario ser profeta para predecir con toda seguridad, que la Rusia es ya en el dia un coloso formidable que amenaza á la Europa toda; y que si una vez llegase á realizar su proyecto favorito y bien claramente enunciado de apoderarse de la Turquía, y trasladar á Constantinopla la silla de Pedro el Grande; ni Austria y Prusia reunidas, ni una coalicion de todas las otras po-

tencias con estas dos, sus fronterizas, podrian impedir que en el espacio de un siglo no estendiesen los nuevos Bizantinos sus conquistas hasta el Rhin y los Alpes; que en otro, y acaso en menos, llegasen hasta la Sicilia por una parte y hasta los Pirineos por otra, y que al tercer paso hiciesen tremolar sus pendones sobre las columnas de Hércules. Habria sin duda guerras largas y sangrientas: la inercia alemana, la fogosidad francesa, y la constancia española, sostenidas por la política inglesa, por sus poderosas escuadras y sus inmensos tesoros, retardarian por largo tiempo la conquista; obtendrian si se quiere uno y muchos triunfos, y disputarian el terreno palmo á palmo: pero está en el orden de la naturaleza que el gigante que asentado sobre el Bósforo de Tracia toque con uno de sus brazos al cabo Norte, y con otro á Camchatsca, oprima con su mole todos los estados situados en la parte occidental de Europa. Si al apoderarse los turcos de Constantinopla hubiesen tenido el grado de civilizacion que tiene hoy el gobierno de Petersburgo, ya hace tiempo que la Europa, y acaso la tierra toda, seria gobernada por la cimitarra de Mahoma.

En orden á lo segundo, aunque la inundacion de los hijos del norte no iria acompañada de los mismos horrores que las invasiones de los siglos 4.º y 5.º; aunque los modernos emperadores de Rusia se parecen ya muy poco á los antiguos Czares de Moscovia; aunque el alto gobierno de Petersburgo compite en civilidad y cultura con los restantes de Europa, y aunque la ilustracion de esta parte del mundo ha llegado ya á tal punto que es imposble á ningun conquistador aniquilarla, aun cuando formase tan insensato proyecto; sin embargo es innegable que primero las continuas y desoladoras guerras que afligirian por largo tiempo á todo este continente, y despues la dominacion de un pueblo todavía semibarbaro, y cuyos usos y costumbres no estarian en harmonia con los hábitos de los subyugados, produciria infaliblemente una manera nueva de existir políticamente, poco favorable á los progresos de las luces. Con el tiempo los vencidos civilizarian completamente á los vencedores, los transformarian en otros hombres, y se verificaria lo de *Græcia capta ferum victorem cepit*; pero al pronto la ilustracion de

los primeros quedaria como estacionaria, y aun retrocederia visiblemente. Ademas los antiguos estados con solo perder su independencia y su libertad política, perderian tambien mucha parte de su cultura, ó á lo menos no harian en ella progresos tan rápidos, como hubieran hecho permaneciendo independientes y libres. Esto que se vió en las provincias de la antigua Grecia, cuando pasaron á ser parte de la república romana, se repetirá con toda nacion que se incorpore por conquista con una potencia menos culta. Esta última ganará sin duda; pero la primera perderá con la libertad los estímulos que en ella habian hecho florecer las letras.

Finalmente el gobierno vigoroso que el conquistador tendria que establecer para asegurar su imperio, seria muy poco favorable á la causa de las luces. Adquiriendo por las armas, querria conservar por las armas; y ya se sabe que las musas, como vírgenes tiernas y tímidas, huyen despavoridas al aspecto solo de las bayonetas y cañones. Esto quiere decir que si el autócrator de todas las Rusias llegase un dia á ser el emperador de Europa, su gobierno seria esencialmente mi-

litar, y en él solo podrian prosperar aquellas ciencias que no asustan á los déspotas; pero ¿qué libertad tendrian la filosofía, y las ciencias políticas, ideológicas y morales? Bien pronto serian proscriptas y perseguidas, como incompatibles con la seguridad del trono y la estabilidad del altar. Buena prueba tenemos en el gobierno militar de Bonaparte. Este conquistador no estaba reñido con las luces; apreciaba y cultivaba él mismo las ciencias matemáticas y físicas; no le incomodaban la poesía ni la elocuencia; se curaba muy poco de que se cultivasen con ardor las antigüedades de las lenguas sabias, y todos los ramos de humanidades, pero aun antes de llamarse emperador, ya tuvo buen cuidado de suprimir la clase de ciencias políticas y morales del instituto; y si no son falsos los apotegmas que se le atribuyen, todavía hoy encerrado en Santa-Helena conserva la ojeriza que siempre manifestó á la que llamaba en París tenebrosa ideología.

Y bien, ¿qué medio hay para impedir que la Rusia se apodere de Constantinopla, y funde allí la monarquía universal de Europa? No hay mas que uno: que

las provincias que hoy posee en esta parte el gran señor, recobren su libertad y se constituyan en un estado independiente, que favorecido, sostenido y siempre auxiliado de las otras potencias de mas acá del Vístula y del Danubio, opongan á la ambicion moscóvita un muro impenetrable, la mantenga encerrada dentro de los hielos de la antigua Escitia, y coopere, cuando se presente una ocasion favorable, á que se restablezca el reyno de Polonia, otra barrera necesaria para que la Europa entera no llegue á ser una provincia rusa. Jamas se ha cometido en política un error mas grave que el de haber permitido á esta última potencia estender sus posesiones hasta las orillas del Vístula; y si cuando las circunstancias lo permitan *no se enmienda* esta falta capital, pronto habrá que llorar las tristes consecuencias de la debilidad é imprevision de los gabinetes que han autorizado la injusta reparticion de un pays cuyo poder hubiera sido muy político acrecentar. Por estas razones, cuando deseamos y proponemos que todas las naciones de Europa auxilien y protejan la insurreccion de la Grecia, no queremos decir que la

Rusia envie sus egércitos á tomar parte activa en la contienda, y que á título de protectora se alce con la soberanía de los paises que se sustraygan á la dominacion de la Puerta. Al contrario, seria conveniente que todas se coligasen para impedir que aproveche ésta ocasion de engrandecerse. El auxilio que los griegos necesitan y debe darseles, consiste en dinero, armas, municiones, y oficiales expertos que los dirigan. Con estos socorros y su natural valor, ellos solos triunfarán de sus tiranos y conquistarán su libertad. Luego que la hayan recobrado, todo cuanto tienen que hacer las demas potencias, es intervenir amistosamente en sus consejos, para que establezcan un gobierno justo, liberal y bien combinado. En cuanto á la eleccion de la dinastía, la única regla que debe prescribirse, es la de no permitir que ocupe el nuevo trono un príncipe ruso ó austriaco. En no siendo ninguno de estas dos casas, es indeferente que sea cualquiera de las dinastías menos poderosas.